

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Andrés CASSINELLO PÉREZ
Teniente general del Ejército de Tierra



QUELLA guerra duró seis años, cuando las guerras de Napoleón contra las coaliciones que se le oponían en Europa apenas llegaban a los dos y se resolvían tras una batalla con la capitulación de los Estados. En la nuestra hubo tres actores diferenciados: los ingleses, los guerrilleros y el Ejército Regular español. Los primeros se movieron siempre en función de los intereses de su Gobierno: la defensa de Portugal y la consigna de no arriesgarse en el interior de nuestro territorio si las posibilidades de victoria no aparecían claras. Los segundos, de nacimiento espontáneo y creciente regularización, negaron al enemigo la seguridad de su retaguardia, le forzaron a emplear una parte importante de sus efectivos en la protección de sus convoyes y comunicaciones y dificultaron el funcionamiento de la Administración josefina en los territorios perdidos, a la vez que mantenían la moral combativa de su población. El tercer actor es el Ejército Regular, casi siempre derrotado en sus batallas y forzado a capitular tras heroicas defensas de nuestras plazas fuertes. Pero nunca perdió su voluntad de vencer en un continuo «no importa», inexplicable desde el análisis de los medios con que contaba y de la situación de inferioridad en la que combatía.

Ese actor, tan desgraciado como heroico, renació cuando todo parecía perdido, cuando sólo nos restaban Cádiz, Murcia, Alicante, la parte más montañosa de Cataluña y Galicia. Renace, se recupera y, después de encuadrar en sus filas a los antiguos guerrilleros, llega con los anglo-lusitanos hasta la frontera de los Pirineos, coincidiendo con el debilitamiento de las fuerzas francesas, mermadas por las necesidades de Napoleón tras su desastre en Rusia.

Aquella guerra la debíamos haber perdido después de la entrada de Napoleón en Madrid y el reembarque de las tropas inglesas de Moore; la perdimos otra vez tras el desastre de Ocaña y la volvimos a perder tras la caída de

Valencia y la capitulación del ejército que mandaba Blake. Pero no nos rendimos nunca, como habían hecho tantas veces las naciones europeas. Prevalció siempre la inexplicable voluntad de vencer que antes hemos señalado.

El Ejército al empezar la guerra

Los datos generales sobre su composición son confusos. Para el historiador y general Gómez de Arce sus efectivos totales eran de 144.436 hombres, que unos *Estados de Organización y Fuerza*, redactados por la Sección de Historia Militar en 1818, reducen a 134.776, y que O'Farril, secretario de Estado de la Guerra, rebaja a sólo 100.000.

Ese ejército contaba con 35 regimientos de Infantería de Línea, españoles, a tres batallones; cinco regimientos de Infantería suiza a dos batallones; tres regimientos de Infantería irlandesa a tres batallones y dos de Infantería italiana con la misma composición, más 12 regimientos de Infantería Ligera a un batallón cada uno. Las milicias provinciales se componían de 38 regimientos de un solo batallón y cuatro divisiones de granaderos provinciales a dos batallones.

La Caballería española contaba con 12 regimientos de línea, dos de húsares, dos de cazadores y seis de dragones, todos con cinco escuadrones a dos compañías cada uno, con unos efectivos nominales de 600 hombres por regimiento, pero con sólo 2/3 de caballos. La proporción entre Infantería y Caballería no alcanzaba los valores normales en Europa, donde llegaba a 1/5, mientras entre nosotros, atendiendo al número de caballos, apenas llegaba a 1/8.

Había cuatro regimientos de Artillería, tres de ellos con cuatro compañías a pie y una a caballo, y el otro con cinco compañías a pie; tres brigadas de dos compañías en Ceuta, Mallorca y Canarias, más 15 compañías fijas en las plazas fuertes. Estaban escasamente dotadas de medios de transporte, pero tenían una alta preparación técnica.

Los ingenieros contaban con un regimiento con dos batallones de zapadores-minadores.

Por último, la Guardia Real estaba constituida por un regimiento de la guardia walona y otro de la guardia española, cada uno con tres batallones a seis compañías, más seis escuadrones de carabineros reales, una compañía de alabarderos y los Guardias de Corps, con unos efectivos totales de 7.000 hombres y 1.000 caballos.

El Ejército se nutría de unos pocos voluntarios, de levas de «vagos y maleantes» y de quintos para completar las plantillas de paz de las unidades. El servicio militar duraba ocho años en el Ejército y diez en las Milicias. El número de quintos incorporados anualmente al Ejército, por sorteo entre solteros y viudos sin hijos de los 18 y los 36 años, era de unos 10.000.

No había servicios logísticos. El soldado comía de la olla de su escuadra

dos veces al día, con una composición similar de ambas: 100 gramos de arroz por plaza o cualquier otra semilla, 50 gramos de tocino o 100 de bacalao. La ración diaria de pan era de libra y media. Pero no había almacenes o depósitos, los víveres los obtenía el soldado del mercado que formaban trajinantes y vivanderos en las proximidades de las tropas. Para el transporte se alquilaban mulos con sus acemileros para formar brigadas de acémilas, y carros que se alquilaban con su animal de tracción y su carretero para formar brigadas de carros. Como hospitales se utilizaban conventos y se estimaba que un 10 por 100 de los efectivos estaba de baja por enfermedad. Se comprende que cuando se transitaba por un territorio empobrecido por el paso continuo de los ejércitos las posibilidades de su alimentación, o de encontrar medios de transporte, eran escasas, aunque el intendente de ese ejército fuera también cabeza de la administración civil del territorio.

Las armas

La Infantería disponía de un fusil de chispa y ánima lisa de 19 milímetros de calibre. Con ese arma, el soldado podía hacer cuatro disparos cada tres minutos, pero no más de veinte seguidos por la elevada temperatura que alcanzaba el cañón. El tiro no se estimaba bueno a más distancia de cien metros. A ese fusil se adaptaba una bayoneta.

La caballería contaba con el sable como arma principal, además de pistolas de arzón y algunas carabinas. Los dragones, llamados a combatir también pie a tierra como infantes, además del sable disponían de fusil.

La Artillería había adoptado el sistema francés Gribeauval en 1783. Disponía de cañones de ocho y doce libras (109 y 124 milímetros de calibre) capaces de moverse en el campo de batalla, y otros de cuatro libras para el acompañamiento de la Infantería. El peso de los de cuatro libras era de 300 kilos, 600 los de 8 y 900 los de 12. Las piezas de «a 4» podían hacer tres disparos por minuto y uno o dos los de los otros calibres. Sus alcances eran de 600 a 1.800 metros según calibre y de 150 a 600 si disparaban metralla, pero el desvío de sus tiros podía llegar a un sexto de su alcance.

La instrucción del soldado

Los reglamentos tácticos vigentes eran copia de los franceses. La formación defensiva básica de la Infantería era la línea de tres filas, con los hombres en contacto de codos y la distancia entre filas de un brazo. Para el ataque existía la columna de ataque, en la que las compañías de un batallón formaban en línea de «a tres filas», una detrás de otra. El paso de una formación a otra estaba reglado con minuciosidad y constaba de complejos movimientos.

La Caballería cargaba en frente amplio y en dos filas sucesivas, con los hombres en contacto rodilla con rodilla, y seguidos por una reserva. Las dos compañías de cada escuadrón desplegaban en una fila. En el Regimiento, dos escuadrones componían esa primera fila y otros dos la segunda. El quinto escuadrón se dividía en dos medias compañías que seguían en columna a la formación anterior. Se marchaba al trote hasta unos 150 pasos del enemigo, para llegar al galope a unos 50, momento en el que los trompetas iniciaban el toque de «a degüello».

Para la instrucción de tiro cada soldado recibía anualmente 40 onzas de pólvora, 10 balas y cuatro piedras de chispa. Los reclutas recibían 12 onzas, cinco balas y dos piedras durante su primer año. Con esa munición, cada soldado podía hacer 70 disparos de fogeo y 10 completos, y los reclutas 19 y cinco respectivamente. Se comprende que esa instrucción era muy deficiente, agravada por el sistema de fuego por descargas a la voz de mando. Señalemos que la operación de cargar el arma llevaba consigo 11 movimientos distintos, todos ejecutados a la voz de mando.

Por último, los regimientos de Milicias Provinciales se reunían en asamblea durante trece días una vez al año para instruirse, permaneciendo en sus domicilios el resto del tiempo. Cobraban, como los componentes del Ejército, sólo desde el momento en que abandonaban sus poblaciones hasta que volvían a ella.

La organización del mando

Las capitanías generales (11) y comandancias generales (4) eran meros depósitos de regimientos. No había una organización superior estable en tiempo de paz. Un intento de Morla en 1802 por constituir divisiones en cada capitanía, compuestas por dos brigadas a seis batallones de Infantería de Línea y uno de Infantería Ligera, fracasaron. Las guerras hasta entonces se hacían con cuerpos expedicionarios. El rey nombraba un general en jefe, que elegía a su Estado Mayor, y a este núcleo se iban agregando regimientos de acá y allá, que se ligaban a través de mandos intermedios también elegidos para esa ocasión. Así se había hecho durante las últimas campañas en Italia, Argel, Menorca, Gibraltar, Luisiana o en la última guerra contra la Convención Francesa.

Los mandos del ejército español tenían una experiencia de guerra limitada. En todo caso habían participado en guerras pequeñas en las que ni habían movido en el campo de batalla grandes unidades ni posiblemente las habían visto. Demasiados generales y escasos oficiales llenaban el escalafón, predominando entre los primeros aristócratas y miembros de la Guardia Real. Había academias militares, entre las que destacaban por su excelente preparación la de Artillería de Segovia y la de Ingenieros en Alcalá. Otras academias para

las armas de Infantería y Caballería, pero con escasos alumnos, fueron las de Orán, Ceuta, El Puerto de Santa María, Ocaña, Barcelona y Zamora, que en 1800 se redujeron a sólo la de Zamora. Durante la guerra funcionarían otras en Tarragona, Santiago, Potes, Mallorca y Cádiz, esta última la más importante.

El despliegue del Ejército antes de la guerra

Hemos visto lo que era ese Ejército, su entidad total, pero tan importante como ella era su situación dentro del territorio español, de la que se derivarían sus posibilidades. Era un Ejército disperso porque, como consecuencia del Tratado de Fontenailleau, 14.905 hombres se encontraban en Dinamarca, mientras en Portugal entraron tres expediciones: al norte, Taranco, con 6.556 infantes y 15 piezas de artillería. Por Alcántara entró Garrafa, con 7.593 infantes, 2.164 jinetes y 20 piezas de artillería, y por Badajoz lo haría Solano, con 9.174 infantes y 150 jinetes. Sumando las tres expediciones, 38.201 hombres y 5.329 caballos estaban fuera de España; un tercio de la Infantería y la mitad de la Caballería montada estaban ausentes.

Pero la guerra con Inglaterra nos obligaba a proteger los puntos susceptibles de ser atacados por nuestros enemigos: frente a Gibraltar había 10.000 hombres; 15.000 guarnecían las plazas de África, Canarias y Baleares, y otros 10.000 Galicia. Esos 35.000 hombres suponían un despliegue periférico disperso, cuando los franceses se encontraban en situación central con Murat al frente, que mandaba unos 120.000 hombres, integrados en cinco cuerpos de Ejército. Ya vemos: los españoles dispersos, sin una organización del Mando que permitiera la coordinación de esfuerzos y con las plantillas de paz. La inferioridad era manifiesta.

El levantamiento inicial

Los conatos de levantamiento que siguieron al Dos de Mayo fueron sometidos por las autoridades provinciales siguiendo las órdenes del Consejo de Castilla a las audiencias y chancillerías, cuyos presidentes eran los capitanes generales. La insurrección se generalizó en fechas próximas al 30 de mayo, coincidiendo con el conocimiento de las abdicaciones de Bayona, que ponían el trono de España en manos de Napoleón y, a través de él, en las de José. Todas esas insurrecciones siguieron un mismo modelo: el amotinamiento del pueblo llano, que depone o asesina al capitán o comandante general, y la designación por ese pueblo de una nueva autoridad militar que va a encabezar un ejército. Ni los mandos subordinados ni las tropas participaron en el motín, aunque es verdad que su pasividad ante estos hechos hizo posible su culminación.

En los antiguos reinos, principados y provincias se formaron juntas que se autoproclamaron soberanas, sustituyendo a la autoridad de los reyes, y cada una de ellas formó su propio ejército para la defensa de su territorio, eligiendo a quien debía de mandarlo, sin poder asegurar que el elegido fuera el más competente y sin coordinación entre unas y otras acciones. En Madrid, O'Farril, secretario de Estado de la Guerra, y Negrete, capitán general de Castilla la Nueva, tomaron partido por los franceses, que dominaron el centro de España, Navarra, Barcelona y el eje por el que discurre la carretera nacional número uno. Sólo Castaños, al frente de las tropas que bloqueaban Gibraltar, y Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja, subsistieron al frente de sus unidades.

Las primeras acciones

Desde el principio la improvisación de los ejércitos va a caracterizar el desarrollo de esta guerra. El más impetuoso será Cuesta. El alzamiento en Valladolid se produjo el 31 de mayo, y para el 12 de junio, contando sólo con 200 soldados desmontados del Regimiento de Caballería de la Reina y un centenar de carabineros reales y guardias de Corps escapados de la escolta de Fernando VII, encuadra a 5.000 paisanos armados, se lanza contra los franceses en Cabezón y sufre una gran derrota.

Pero Zaragoza, Gerona y Valencia resisten los ataques franceses y en el Bruch los somatenes catalanes logran alzarse con la victoria el 6 y el 14 de junio. Más tarde, el 14 de julio, las fuerzas unidas de Galicia y Castilla, mandadas respectivamente por Blake y Cuesta, fueron derrotadas en Medina de Río Seco. No hubo coordinación ni unidad de mando entre ambos ejércitos. La Junta de Galicia hizo valer su desconfianza y las tropas de uno y otro combatieron rehuyendo el apoyo mutuo. Eran 21.913 españoles contra 13.430 franceses, pero la superioridad numérica no compensó la inferioridad en disciplina e instrucción de nuestros soldados.

Mientras, el general Dupont marchaba desde Toledo hacia Andalucía con un objetivo lejano, Cádiz, donde se encontraban los restos de las escuadras españolas y francesas batidas en Trafalgar. Al mismo tiempo, Castaños, con las tropas del Campo de Gibraltar, reforzadas con nuevos voluntarios y otras unidades andaluzas, se movía hacia el norte. Ambos ejércitos se encontraron en Bailén el 19 de julio, donde sólo combatieron dos de las divisiones de Dupont contra otras dos de Castaños. Los impetuosos ataques de Dupont a las líneas españolas fueron rechazados y éste se vio obligado a capitular.

Esa victoria tuvo un gran impacto psicológico en España y en Europa entera, incrementado por las victorias inglesas en Rollica el 17 de julio y en Vimeiro el 20 de agosto. José abandonó la capital de España y los franceses levantaron el sitio de Zaragoza.

Entre Bailén y los combates en la línea del Ebro

Las juntas provinciales hicieron un gran esfuerzo de movilización. De mayo a octubre de 1808 se crearon 156 regimientos de Infantería de Línea con 148.219 hombres, más 37 de Infantería Ligera con 40.738 y 12 regimientos de Caballería con 8.500 hombres y caballos. Pero esas juntas fueron más partidarias de la creación de nuevas unidades, deficientemente encuadradas, disciplinadas e instruidas, que de completar las plantillas de guerra de las existentes.

Después de Bailén, las tropas españolas avanzaron sobre Madrid, abandonada por el rey José. Pero calmosamente, entre *tedeums* y festejos populares, la división valenciana de González Llamas llegó el 13 de agosto, dos semanas después de la salida de José; el ejército de Castaños lo haría el 23 y el de Cuesta el 2 de septiembre, mientras Blake seguiría en La Bañeza hasta el 18 de agosto. El 25 de septiembre se formó la Junta Suprema. Los tres ejércitos que han confluído en Madrid no tienen un jefe que mande el conjunto. No se nombró ninguno ante el estupor de Lord Bentnik, enviado por el Gobierno inglés para seguir los acontecimientos. En lugar de un jefe, la Central creó el



Rendición de Bailén. José Casado del Alisal. (Museo del Prado. Madrid).

30 de septiembre una Junta Militar que debía presentar al pleno de la Central los planes para atacar al enemigo.

Se formaron tres ejércitos y uno de reserva: el del centro, al mando de Castaños, con parte de las tropas que vencieron en Bailén, las valencianas y las de Castilla; el de la Izquierda, al mando de Blake hasta que llegara a España el marqués de la Romana procedente de Dinamarca, con las tropas gallegas, las de la cornisa cantábrica y las procedentes de Dinamarca; el de la Derecha, mandado por Vives, con las catalanas, las de Baleares y una división al mando de Reding, compuesta por nuevas unidades y algunas de las que combatieron en Bailén. Por último, el de reserva, al mando de Palafox, con las tropas aragonesas y valencianas que habían acudido a Zaragoza.

Las tropas marcharon lentamente hacia el valle del Ebro y hasta el 17 de octubre no tomó el mando Castaños de las suyas, que cubrían el sector entre Logroño y Tudela. Para complicar más las cosas, la Central envió sus comisionados a ese ejército, que impusieron al general su disparatado plan: sin considerar que ya enfrente no estaba sólo José con 60.000 hombres, sino el mismo Napoleón con 300.000, idearon un doble envolvimiento de los franceses, avanzando por el valle del Iratí hasta Roncesvalles y por la cordillera Cantábrica hasta Tolosa. Napoleón no esperó tan disparatado plan. Los imperiales rompieron por el centro en Gamonal, se volvieron sobre la derecha derrotando a Blake en Espinosa y a las tropas del centro y reserva en Tudela. La Junta improvisó un Ejército para la defensa inmediata de Madrid, pero Napoleón arrolló las defensas de Somosierra y entró en Madrid el 5 de diciembre. Como hemos dicho, técnicamente hablando, habíamos perdido la guerra. A la vez, el Cuerpo de Saint Cyr entraba en Cataluña, derrotaba a las tropas españolas y libraba Barcelona del acoso al que estaba sometida.

La batalla de Talavera

No nos rendimos. La Junta marchó a Sevilla y los ejércitos se recompusieron como se pudo. Nuevos reclutas, deficientemente encuadrados, apenas instruidos o disciplinados, cubrieron las bajas. En enero perdimos la batalla de Uclés. En febrero Zaragoza, con sus 30.000 defensores, y la batalla de Vals en Cataluña. En marzo nos vencieron los franceses en Ciudad Real y en Medellín y, por fin, parecía haberse logrado una especie de acuerdo con los ingleses para que Wellesley (luego Lord Wellington) entrara en España al frente de 21.000 de su ejército, compuesto por soldados ingleses y portugueses, a reunirse con los 26.000 de Cuesta. Ambos ejércitos se desplegaron uno al lado del otro sobre el arroyo Portiña, entre la ciudad de Talavera y el cerro de Medellín. El 27 de julio comenzó la batalla, que se extendió al siguiente día. Los impetuosos ataques franceses se dirigieron contra los ingleses, que ocupaban el ala izquierda del despliegue. No hubo un jefe del conjunto, ni se persi-

guió al enemigo después de la batalla. Talavera fue un éxito táctico de los ingleses, un fracaso estratégico y un desastre logístico. Acabada la batalla, la irrupción por la Ruta de la Plata de los ejércitos de Soult, Ney y Mortier, intentando envolver a los aliados, hizo que Wellington se retirara primero a Badajoz y después a Portugal, mientras Cuesta lo hacía a los límites de Extremadura y Sevilla.

En el plano de nuestras relaciones con los ingleses, las consecuencias de la batalla fueron desastrosas. La escasez de medios logísticos enfureció a nuestros aliados, y esa situación se agravó con la captura por los franceses de los heridos ingleses que quedaron en los hospitales de Talavera cuando se retiró también Castaños. Queda añadir que la escasez de alimentos y de medios de transporte la sufrieron también los españoles, y que quienes primero se retiraron de Talavera fueron los ingleses.

Lo previsto era que Venegas, con las tropas del ejército del centro, atacara el despliegue francés por Aranjuez o Fuentidueña al mismo tiempo que tenía lugar la batalla de Talavera. Pero Venegas esperó, sujeto por las órdenes de la Junta Central que le recomendaban prudencia. Al final se decidió a cruzar el Tajo para ser derrotado en Almonacid el 11 de agosto.

Ocaña y Gerona

La campaña de Talavera arrancaba de la idea de la marcha de Napoleón contra Austria. Pero el 6 de junio el emperador de los franceses derrotaba al archiduque Carlos en Wagram y el 12 se firmaba el armisticio de Znaim. Todo antes de la batalla de Talavera.

Los españoles tienen prisa y los ingleses cautela. Los primeros piensan que se puede liberar Madrid, mientras los segundos fortifican Torres Vedras para cubrir Lisboa. No hay acuerdo aliado. La Junta prevé un ataque en fuerza sur-norte con el ejército del centro, mientras el de Extremadura amagaría por el corredor del Tajo y el de la izquierda fijaría al enemigo en León.

El ejército de la izquierda venció a los franceses en Tamames, mientras el del centro se reforzaba con nuevos reclutas y otras unidades del de Extremadura hasta alcanzar más de 50.000 hombres. Su general, Areizaga, avanzó desde Sierra Morena hasta el Tajo. Marchó hacia el este y cruzó el río por Villamanrique, para volverse seguidamente atrás y desplegar en Ocaña, donde el 19 de noviembre fuimos derrotados, dejando 4.000 hombres sobre el campo, entre muertos y heridos, y 14.000 prisioneros. Después fue imposible detener a los franceses en Sierra Morena; rompieron por sus puertos y ocuparon Andalucía, con la excepción de Cádiz. Poco más tarde, el 28 de noviembre, el ejército de la izquierda era derrotado en Alba de Tormes, y el 10 de diciembre sucumbía Gerona después de una defensa heroica y siete meses de sitio.



Beresford desarmando a un lancero polaco en la batalla de La Albuera.

Después de Ocaña

¿Qué hacer? Habíamos vuelto a perder la guerra pero, inexplicablemente, no la voluntad de vencer. Vuelta otra vez a organizar nuevos ejércitos para seguir la lucha. Despareció la Junta Central y se formó la Regencia en Cádiz, mientras en nuestro Ejército se creaba el Estado Mayor General. Estamos en 1810. En Cataluña caerá Lérida el 14 de mayo, se ganaría la acción de La Bisbal el 14 de septiembre y el 1 de enero de 1811 caería Tortosa. Mientras, el ejército de Massena invade Portugal tras conquistar Ciudad Rodrigo el 10 de julio; combatió contra los ingleses en Bussaco y llegó ante Torres Vedras el 11 de octubre, para replegarse a Santarem el 14 de noviembre sin haber intentado el asalto a la fuerte posición inglesa.

Para entonces, el Ejército español debía contar con unos 100.000 hombres, lo que revela el esfuerzo tras tanto desastre sufrido. El 28 de junio de 1811 caería Tarragona, quedando así todas las capitales de Cataluña en manos enemigas, aunque su ejército seguiría combatiendo en la parte más montañosa del Principado. En el sur, Soult partió de Sevilla el último día de diciembre. El 19 de febrero atacó y derrotó en Gévora al general Mendizábal, que se había hecho cargo del mando del ejército de la izquierda por fallecimiento del

marqués de la Romana, y el 10 de marzo capitulaba Badajoz tras otra heroica defensa.

La campaña anglo-lusitana

Wellington, desde Portugal, contempla la doble amenaza de Massena al norte y de Soult al sur. El 15 de marzo, las tropas del Ejército francés que mandaba Massena se retiran a España. Pero Massena volvió a Portugal y entre los días 3 y 5 de mayo tuvo lugar la batalla de Fuentes de Oñoro que ganaron los anglo-lusitanos. Por el sur Soult atacó en La Albuera a las tropas anglo-lusitanas que mandaba Beresford frente a Badajoz, reforzadas por el Cuerpo Expedicionario mandado por Blake y las tropas del ejército de la izquierda que mandaba Castaños. Los franceses eran 19.000 infantes, 4.000 jinetes y 1.200 artilleros, y los aliados se componían de 18.000 anglo-portugueses y casi otros tantos españoles. Soult no atacó de frente a la línea aliada formada ante La Albuera, sino a su flanco derecho, ocupado por los españoles, que resistió con éxito el embate hasta que los ingleses contraatacaron. Fue la batalla más cruenta de aquella guerra.

Valencia

Valencia supone la culminación de las desgracias de nuestro Ejército. Blake marchó allí para hacerse cargo del mando de los ejércitos II y III, reforzados por el Cuerpo Expedicionario que había mandado en La Albuera. En total, Blake disponía de 24.400 infantes, 2.842 jinetes y 667 artilleros al servicio de 20 piezas de campaña. Frente a él desplegó Suchet unos 20.000 hombres. Los dos ejércitos chocaron en Sagunto. El ala izquierda española, formada por tropas murcianas y valencianas, fue ahuyentada por fuerzas francesas netamente inferiores en número, mientras el ala derecha, formada por el Cuerpo Expedicionario, se estrellaba contra las líneas francesas. Los españoles tuvimos 800 muertos o heridos y 4.600 prisioneros. Blake ordenó el repliegue. Aún contaba con 23.000 hombres frente a 15.000 infantes y 1.200 jinetes franceses, que el 25 de diciembre se reforzaron hasta alcanzar los 29.500 infantes y 2.500 jinetes. Los españoles disponían de una primera línea defensiva sobre el Turia y otra segunda formada por un campo atrincherado. Los franceses cruzaron el Turia y los españoles se replegaron sucesivamente a ese campo atrincherado y a las murallas de la ciudad. El 26 de diciembre Valencia estaba cercada y el 9 de enero capituló. Dejamos 16.270 prisioneros, de ellos 850 oficiales, un capitán general, siete mariscales de campo y 15 brigadieres, con un inmenso parque de artillería.

Hasta el final de la guerra

Otra vez habíamos perdido la guerra, pero continuamos con esa inexplicable voluntad de vencer que salta de lo racional para asentarse en valores morales. Wellington vencería en Arapiles y José se retiraría a Valencia arrasando a Soult con sus tropas de Andalucía y Extremadura. Los ingleses habían recuperado Ciudad Rodrigo y Badajoz tras inauditos saqueos de su población, a las que trataron como si fueran ciudades enemigas. Las Cortes nombraron a Wellington generalísimo de los ejércitos españoles, cargo necesario que no había existido en toda la guerra. Nuestros ejércitos se fueron recuperando y alcanzaron con los anglo-lusitanos la frontera francesa. Los 130.000 de mayo de 1808 se habían convertido en 140.000 en 1814. Si pensamos que sus bajas debieron ser superiores a las 250.000, porque en la defensa de las 12 plazas fuertes perdimos 106.270 y 79.278 en las 20 principales batallas, podemos ver que pese a desertores y prófugos, que también los hubo, la incorporación a los ejércitos de nuevas levadas fue muy importante.

Nuestro Ejército combatió siempre en condiciones de inferioridad contra el mejor ejército del momento, que se había cubierto de gloria en sus campañas en Europa. Estaba poco instruido, apenas disciplinado, con cuadros de mando improvisados y con generales inexpertos en la dirección de las batallas. Tampoco hubo un mando supremo militar que coordinara las operaciones de unos y otros. Predominó lo que el marqués de la Romana llamaría «la manía de dar batallas», empujados los generales a ellas por unas autoridades superiores que desconocían las posibilidades reales de nuestras fuerzas. Posiblemente se equivocaron sus jefes muchas veces, se pasó hambre, desnudez, fatigas sin cuenta, pero se siguió combatiendo. Es hermosa esa inexplicable tenacidad.

BIBLIOGRAFÍA

- CLONARD, conde de: *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*. Madrid 1851.
GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia*. Madrid 1868-1903.
GÓMEZ RUIZ y ALONSO JUANOLA: *El Ejército de los Borbones*. Madrid 1989-2007.
MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Historia de España*. Tomo XXVI. *La España de Fernando VII*. Madrid 1968.
PRIEGO LÓPEZ, Juan: *Guerra de la Independencia*. Madrid 1972-2007.